

# FIDELIDAD A GRECIA

Emilio Lledó

## PRÓLOGO

### ESA VERDAD BUSCADA

Mauricio Jalón

Este libro —inédito— contiene numerosas ideas, preocupaciones, deseos, al tiempo antiguos y modernos, teóricos y prácticos. De modo tal que podría haberse llamado Esa verdad buscada. Bajo la forma de ensayos, viene a ser una síntesis muy personal de «consideraciones morales y de costumbres»; algo así como los *Moralia* de un autor contemporáneo. Emilio Lledó recrea muchos de los temas de Plutarco —la educación, la amistad, el poder, los vicios públicos, el placer o la sabiduría—, que asimismo fueron cuestiones que interesaron a los humanistas, desde Erasmo, Vives o Montaigne hasta Diderot o Rousseau, y también a ciertos sabios alemanes, tan apreciados por él, o a figuras más cercanas que reverdecen en sus páginas: Machado, Zambrano o Giner de los Ríos.

Fidelidad a Grecia prosigue una indagación que ya alentaba otros compendios anteriores, como *Imágenes y palabras* (1998) o *Palabra y humanidad* (2015). Sin embargo, esta vez el conjunto parece más teñido de gratitud o de «simpatía» hacia Grecia, como sucedía asimismo en *Elogio de la infelicidad* (2005). Y esta filiación, que es la matriz de su trayectoria —que

podría llamarse, por así decir, neo-clásica—, se expresa en este título sonoro que se derrama por buena parte del libro y que, de hecho, es la corriente subterránea que lo atraviesa por completo.

En la primera parte, «Lo bello es difícil», Lledó habla del mito en los griegos, cuya forma y contenido nos sugieren a menudo la mayor libertad de pensamiento, aunque pueda «ser objeto, incluso instrumento, de condena, de prohibiciones, de incendios»; habla de la difícil belleza helénica, que junto con la verdad y la justicia nutría el espacio ideal de esa cultura feliz que podría acaso definirnos; habla del Eros como insistencia de un deseo que lograría liberarnos de nosotros mismos; habla de Epicuro, que atacaba tanto la atrofia de los ideales democráticos como el empobrecimiento de la capacidad de reflexionar; o habla incluso de una armonía musical que también fue, desde entonces, educadora. Somos deudores de esas y de otras enseñanzas clásicas, como la idea misma de interpretación, claramente helénica, que luego destaca. Los griegos fueron quienes nos enseñaron a pensar en nuestra manera de pensar, decía W. H. Auden; y su vigencia no deja de evocar, por contraste, el egoísmo y la ausencia de sentimientos rectos ante una desamparada Grecia que clama hoy ante la rapacidad de Europa, su infiel heredera.

Desde joven, Lledó se había sumergido en Platón, Aristóteles o Epicuro —también en Homero y Hesíodo— para hablar por sí mismo del impulso hacia lo mejor, de la libertad para elegir o decidir pensadamente, para ensanchar el mundo y estimular la vida social. En ese buscarse a sí mismo al hilo de los antiguos coteja ideas dispares, que tienen su réplica en las «otras letras» decisivas: las del racionalismo, las de Kant, el idealismo alemán y Marx, las del existencialismo novecentista; y sin olvidar a algunos escritores modernos, pues moderno es el autor, y muy del siglo XXI. Todos ellos —con otras literaturas clásicas, la latina y la española— le han permitido construir un ser propio, adueñarse de una lengua y un espacio mental personales, lejos de patrias siempre ficticias y sospechosas.

«Fusión de luces», segunda parte del libro, hace ver de un modo natural cómo puede surgir un puente formativo entre antiguos y contemporáneos, al hacer hincapié Lledó en ideas de ciertos maestros españoles. De antemano subraya la importancia de la teoría y de una práctica cultural que surge de la fusión de dos perspectivas en la construcción del pensamiento: la griega y la ilustrada, pero con ramificaciones posteriores que han mejorado su fisonomía. «En simpatía con la palabra» —el artículo más extenso, y paralelo además a *El silencio de la escritura* (1991)— se adentra así en la interpretación de un escrito, en cómo entenderlo, en cómo el pasado sirve para comprender apoyándose en los viejos sabios citados o en perspectivas nietzscheanas, allí donde la idea de descentramiento del mundo afectaría a un lector más individualizado.

A partir de ese «solapado hermeneuta que llevamos dentro», Lledó señala que el lenguaje pensado es producto «humano», y por ende que la razón es inseparable de elementos irracionales, al estar marcada por cada cuerpo-mente, por sus...